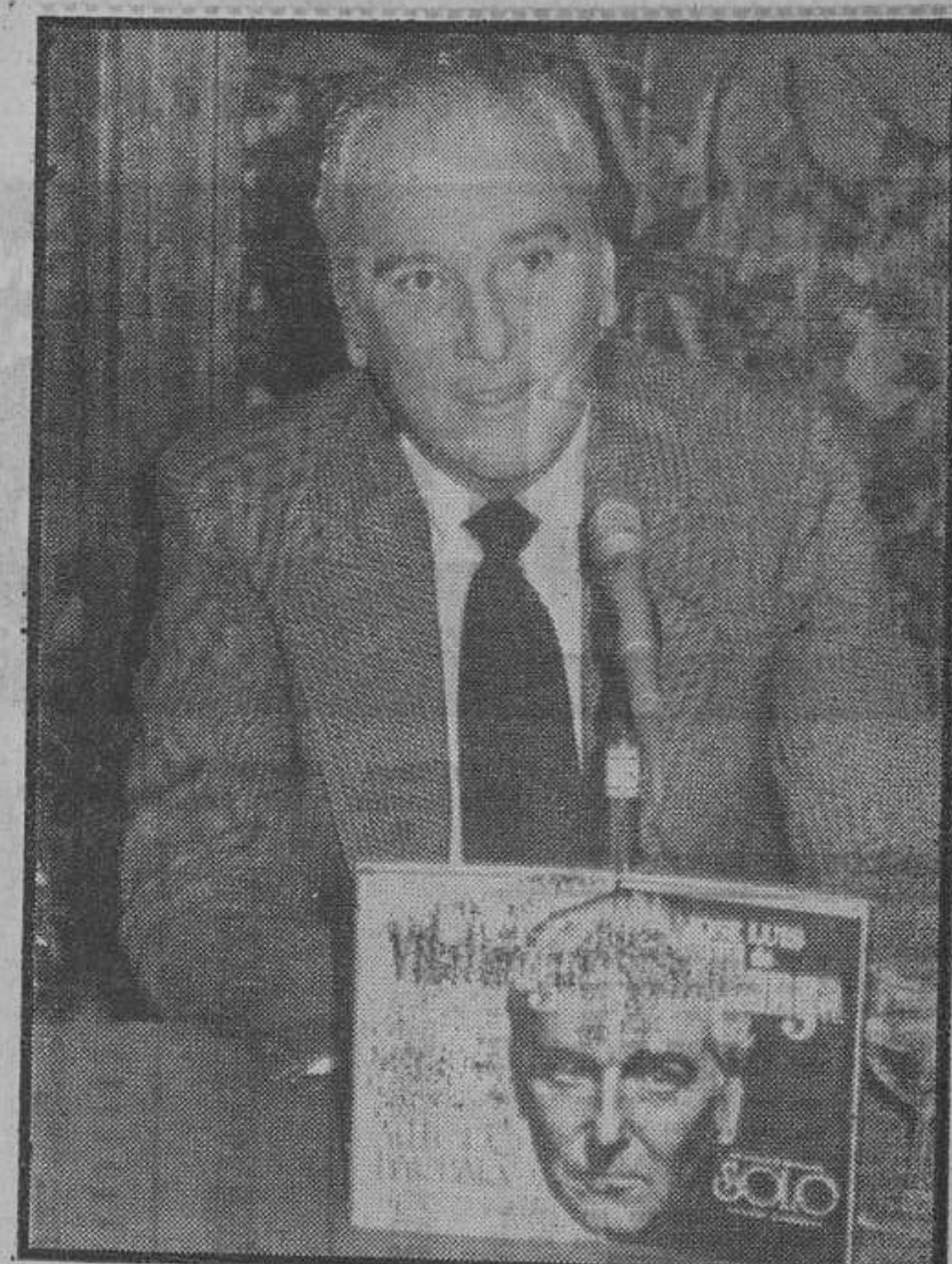




POLEMICO JOSE LUIS DE VILALLONGA

Es Vilallonga un hombre «mil cosas».

—Ante todo, escritor —re-cálca.

Español, vive en París. Sus novelas no cruzaban la frontera, aunque sí encontraban lenguas de otros países. Ahora, Vilallonga cae en manos de los suyos, de los españoles. En los escaparates, dos títulos de un golpe: «Allegro bárbaro» y «Solo». En un relato, hay meollo de historia de España. En el otro, la divertida aventura de una joven que, en el amor, escandaliza a un cuarentón.

—En España, soy nuevo. Anteriormente, a ningún editor se le ocurrió publicar mis libros. Era imposible. Habrían caído en el cepo de la censura.

El prefiere «Allegro bárbaro».

—Sí, sí, me quedo con «Allegro bárbaro». Es de tema español. Empieza con la monarquía de Alfonso XIII y, a través de una historia familiar, que es la de mi familia, se ve el desmoronamiento de una clase social. La nobleza se viene abajo, decae. Dos miembros jóvenes de esa familia noble acaban el uno, víctima de dos prostitutas francesas con las que vive en delirio de sexualidad y perversión, y el otro, encargado de un pelotón de ejecución de revolucionarios. «Allegro bárbaro» es novela traducida a catorce lenguas. «Solo», sin embargo, es novela francesa sin el fondo político que hay en casi todos mis relatos. Me habría gustado que se editase antes «Fiesta», por ejemplo.

Madridiño, cincuenta y siete años, está casado con la que fue cotizada modelo Syllanne Stella. José Luis de Vilallonga y Cabeza de Vaca es grande de España, marqués de Castellvell y de Castelmeja, barón de Segur, de Maida y de Maldanell. Su abuelo materno, marqués de Portago, fue alcalde de Madrid y ministro de Instrucción Pública. El padre de José Luis de Vilallonga, el barón de Segur, catalán, era militar y amigo personal de Alfonso XIII.

De niño, Vilallonga conoció al rey.

«Alfonso XII tenía cara de rey. El labio inferior en forma de gárgola; la mandíbula, autoritaria, de no entender que su mentón prominente se debiera únicamente a una cuestión hereditaria. Los ojos, como el carbón, endemoniadamente insistentes, sobre todo cuando se fijaban por primera vez en el rostro desconocido de una mujer».

También retrata al entonces Príncipe de Asturias:

«Su belleza sobrecogía por lo que en ella había de efímero y de engañoso. En sus grandes ojos azules y melancólicos no había ni un asomo de curiosidad. Su tez era de doncella, de aquellas doncellas que antiguamente encerraban en los conventos por cuestiones de honor. Su boca, bien dibujada, sonreía blandamente, sin razón aparente, o tal vez por

imperativo de su conciencia. Sus manos eran demasiado hermosas». Lo había observado «ataviado con el blanco uniforme de alto mando de la Marina de Guerra».

♦ SERVIR AL REY

Cuando el padre de Vilallonga presentó a su chico al Rey: «Mi hijo, Señor», el chiquillo diría aquello de «José Luis de Vilallonga, para servir a Dios, a España y a Vuestra Majestad». ¿A los ocho años? Más o menos. Y es muy posible que, como ocurre en «Allegro bárbaro», le dijese al monarca: «Seré artista». Y que a solas con el Rey, añadiera: «Quiero hacer algo que haga felices a las gentes». Probablemente el soberano se dio cuenta de que el chico soñaba con cambiar la faz del mundo y adivinó el futuro del pequeño: «Ya sé lo que serás... Socialista». ¿No es José Luis de Vilallonga el Rafael de los Cobos que pinta en «Allegro bárbaro»? Sin duda.

—¿Es monárquico ahora?

—Sí lo es Carrillo, ¿por qué no yo?

—¿Donjuanista?

—¿De Don Juan de Borbón?

—¿Antifranquista?

—Me da rabia la palabra.

Ahora todos dicen que son antifranquistas.

—¿Y tu pelea con el marqués de Villaverde?

—¿Quién es el marqués de Villaverde?

Se queda tan pancho. Serio. Pulcramente vestido. Traje oscuro, el nudo de la corbata perfecta, cabeza de plata, estampa de galán de cine a la Rodolfo Valentino. En una revista europea, publicó un artículo en torno al marqués de Villaverde, que éste juzgó injurioso. Ganó el pleito el marqués. Vilallonga fue condenado a pagar una multa simbólica —un franco francés— de «satisfacción de injurias». Insistió Vilallonga en otro artículo y, en enero pasado, fue de nuevo condenado a pagar una multa de veinte mil francos. Crea que hay un pleito más entablado por el marqués contra Vilallonga; le pide unos cincuenta millones: «No sé qué le darán ni me preocupa, paga la revista».

♦ CON LOS NACIONALES

Cuando, a los once años, España pasa a ser república, la familia se traslada a Francia y José Luis de Vilallonga cursa estudios en los dominios de Arcachon (1931-1936), donde se educa con bastante liberalidad, lo que influirá definitivamente en su personalidad. Asimismo, aprende el francés, idioma en el que ha escrito sus libros. Al estallar la guerra civil, con sus dieciséis años, se enrola en el Ejército de Franco, interviniendo en las campañas del Norte, de Valencia, de Cataluña y en la histórica batalla de Teruel. Fue destinado al Tercio de Oriamendi, de requetés,

en el que fue alférez. Recuerda también que, en Madrid, se enroló en «los altavoces del frente», creados por Edgard Neville y Gregorio Marañón, a quienes recuerda, pienso que con agrado. En Valencia estuvo en la brigada italiana «La Celera», con los «flechas negros». El dice que ahí, en Valencia, supo por algunos italianos lo que era realmente el fascismo y que, en su ánimo, nació ya un antifascista. Cuando le digo que choca bastante que, luchando con «los nacionales», se largue a Argentina y a Francia cuando «estalla la paz», Vilallonga explica:

—Combatí con los nacionales, pero eso no supone que yo fuera franquista. Durante la guerra, no había franquismo ni antifranquismo. Franco era un general joven, con prestigio, pero un general. El franquismo surgió después de la victoria y yo me fui. En general, yo detesto a los vencedores. Cuando me dijeron que, para presentar mis libros, habían sido invitados Antonio Álvarez Solís, en

Barcelona, y Paco Umbral y Antonio García Trevijano, en Madrid, quedé sorprendido por Emilio. Pensé de pronto que sería un gag cómico. No le conocía y su presentación fue estupenda. Se olvidó de su artículo tremendo en el que me llamó «plumífero bastardo» y otras lindezas del lenguaje imperial del momento. Emilio Romero, pienso, es inteligente. Aunque sin ninguna afinidad política, insisto en que sentí ganas de abrazarle. Las cosas pasan. Y yo no creo en el cielo ni en el infierno, pero pienso que todo se paga en la vida.

Vi cómo se abrazaron los dos, abrazo de amigos.

—¿Vilallonga es novelista?

—Soy reportero más que novelista. Cuento cosas que viví o que tanto oí contar que puedo decir que las viví. La última noche de Alfonso XIII en el Palacio Real —mi padre estaba de servicio— la oí contar tantas veces y con tanto detalle que pienso que la he vivido yo mismo.

En las novelas sin fondo po-

lítico, que son las menos, creo que «Solo» y otra más, le han comprado con Françoise Sagan, acaso por la sencillez y amoralidad que hay en el relato.

♦ TOPO CON PERON

Vilallonga empezó a ganarse el pan con el periodismo al concluir la guerra, en «Destino» y diarios de Barcelona. En 1944 marchó a Argentina, pasando antes por Londres, pues se había casado con una chica del consulado británico que era coronel del Ejército polaco y no sé cuántas cosas más. Se metió en un negocio de caballos y no le fue mal, pero surgieron problemas con Juan Domingo Perón y el caballero español retornó a Europa, instalándose en París, donde se ha lla muy a gusto.

—¿Y eso de actor, qué?

—Soy actor simplemente por cumplir con los amigos. Empecé con el productor Napoleón Murat en «Los amantes» del director Louis Malle, a quien no conocía. Había unas escenas a caballo. Cabalgaba un Vilallonga, no pariente mío, quien enfermó. Me llamaron y Malle me aumentó el papel. La película ganó el León de Oro en Venecia. Además, era filme pionero de erotismo. Audrey Hepburn me llamó después a Hollywood para «Diamantes en canapés». Y siguieron otras, hasta las treinta y ocho que llevo interpretadas.

De todos modos, confieso que siempre vivió de la pluma: «En París, incluso trabajé de negro de escritores que, al cabo del tiempo, fueron amigos». Y añade: «No soy ambicioso. No sueño con fortuna. No necesito yate ni coches de carreras. Me basta con vivir a mi manera». No ha mucho, Vilallonga se presentó a hacer un anuncio. Algunos se lo echaron en cara, pero él se río: «Si me hubieran pedido que anunciara una marca de calzoncillos, acaso hubiera dudado y hubiera dicho que no, pero se trataba de anunciar un coñac y acepté encantado. Nada malo hay en el trabajo de modelo, creo yo. En Barcelona, hubo quien estimó que hacer el anuncio era una humillación. Pues no. Me gustó ese trabajo».

Umbral recordaba muy curiosamente a Vilallonga «a caballo de una mujer, Mylene Demongeot, en «Cleo de cinco o siete», de Agnès Varda. Umbral también le llamó el marqués de Bradomín de la Junta Democrática, allá en París. García Trevijano recaló que Vilallonga no es un liberal, sino un demócrata, estableciendo clara diferencia: «Ser liberal a secas hoy es ser un reaccionario», añadió sin convencer a nadie. Umbral le llamó, además de caballero español, conquistador, aristócrata levantisco, dandy, escritor que escribe mientras vive y vive siempre a la contra. Le pregunté a Vilallonga si se siente más escri-

tor que político o al revés. Respondió que ahora es harto difícil separar, deslindar, la literatura de la política.

♦ COPAS CON CARRILLO

Vilallonga se incorporó a la Junta Democrática en París por Santiago Carrillo, no por Calvo Serer. Una revista le había encargado —hace unos tres años— entrevistar a Carrillo. «Puse reparos, pues ni conocía personalmente a Santiago Carrillo. El editor se encargó de establecer contacto con él. Carrillo me llamó, vino a mi casa. Se sentó frente a mí, nos llenamos unas copas de coñac y charlamos hasta la madrugada. A mí me ganó enseguida porque vi que tenía sentido del humor, cosa rara en los comunistas. Según me dijo, había leído mi libro «Allegro bárbaro». La entrevista resultó cordial. Grabé sus declaraciones. En aquella no inventé nada. En otras —las de muchos artistas— hay que inventar cosas, hay que añadir el talento propio para suplir la falta de talento de los entrevistados».

José Luis de Vilallonga piensa continuar con sus múltiples oficios. Dentro de nada, interpretarán «Fiesta» actores como Omar Sharif y quizá Glenda Jackson, así como un chico nuevo, todos bajo la dirección de Vilallonga. Si, se ha decidido a dirigir el filme de su novela «Fiesta». Ahora, como escritor, trabaja en una trilogía: «Espanas». Historia de los últimos cuarenta años. Parece ser que los títulos, en español, serán «La caída», «La ola podrida» y «La explosión».

A título de anécdota, subraya la coincidencia de que, a la vez que él presentaba sus libros en Madrid, en el mismo edificio, al lado, daba su conferencia Carrillo sobre el eurocomunismo, presentada por Fraga. «Y el otro día, venía ya de París, y en el avión, viajaban Carrillo, desde Estrasburgo, y Carmen Díez de Rivera. Aun más, al bajar nos ruéga la azafata de Iberia que no tomemos el autobús, que nos espere una furgoneta... En la misma, nos encontramos con el alcalde Arespacochaga, que puso cara de sorpresa, pero que soltó una frase que se me quedó grabada: «En este país, todo irá mal mientras que a los niños no los eduquemos como antes».

—¿En qué partido milita ahora Vilallonga?

—En ninguno. No me identifico con ninguno de los que están en el parlamento.

Siempre sorprende José Luis de Vilallonga, escritor con aire de play-boy, aunque acompañado de su esposa Syllanne Stella, que fue modelo de «Vogue», con quien casó en Mónaco hace cuatro años y a quien dedica «Allegro bárbaro» y «Solo». Simplemente escribió: «Para Syllanne». —(PY-RESA.)

JAVIER DE MONTINI
Fotos: Carrera-Pyrrea

UN NOBLE CONTESTATARIO
QUE HACE PELICULAS,
ESCRIBE Y ANUNCIA
UNA MARCA DE COÑAC

